

todo, en fin, cuanto se requería para el servicio de la isla.

Tal fue el modo con que Ovando, favorito del rey, y súbdito natural suyo de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebató á Colon. La flota salió el 13 de febrero de 1502. Al principiar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta, y se separaron unos de otros. Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se extendió el rumor de que todos los buques se habían perdido. Cuando llegaron las nuevas á los soberanos, se apesadumbraron tanto, que pasaron ocho días sin recibir á nadie. El rumor fue infundado; solo se había perdido un buque. Los otros se juntaron en la isla de la Gomera, y siguiendo su viaje, llegaron el 13 de abril á Santo Domingo.

CAPITULO IV.

PROPOSICION DE COLON RELATIVA AL RESCATE DEL SANTO SEPULCRO.

(1500—1504.)

Colon permaneció en la ciudad de Granada mas de nueve meses, esforzándose en sacar sus negocios de la confusión en que los había puesto la conducta de Bobadilla, y solicitando la restitucion de sus oficios y dignidades. Todo este tiempo gozó el favor y atención de los soberanos, y recibió promesas repetidas de que al fin se le cumpliría el deseo. Pero hacia ya mucho tiempo que había medido la grande distancia que media en una corte entre la promesa y su cumplimiento. Si hubiera sido de carácter naturalmente triste, motivos tenía para volverse misántropo. Vió la senda de gloria que él había abierto, pisada solo por favoritos y aventureros; vió los preparativos y armamento de una escuadra, destinada á conducir con desusada pompa al sucesor de aquel gobierno que tan injusta y rudamente le habían arrancado; mientras él tenía interrumpida su carrera; y si los empleos públicos son prueba del favor real, se hallaba en visible desgracia.

El temperamento sanguíneo de Colon no le permitía estar mucho tiempo inactivo; si en una direccion se le encadenaba, volaba en otra. Su imaginación visionaria era como una luz interior, que en los momentos de mayor oscuridad disipaba las tinieblas exteriores, y llenaba su ánimo de espléndidas imágenes y gloriosas especulaciones. En aquellos tiempos desventurados asaltaba sin cesar su memoria el voto de levantar dentro de siete años desde el día de su descubrimiento cincuenta mil soldados de á pie y cinco mil caballos, para el rescate del Santo Sepulcro. El tiempo había pasado, sin serle posible cumplir el voto. El Nuevo-Mundo, con todos sus tesoros, había acarreado hasta entonces mas gastos que ganancia; y lejos de estar en el caso de poder levantar ejércitos con sus propios fondos, se encontraba Colon sin propiedad, sin influencia y sin empleo.

Destituido de medios para cumplir sus piadosas intenciones, se creyó obligado á incitar á sus soberanos á la empresa; y le animaba para hacerlo el haber primitivamente hablado de aquel proyecto como del mayor designio á que debían dedicarse las ganancias de sus descubrimientos: se entregó, pues, con su acostumbrado celo á preparar argumentos para ello. En los intervalos sus ocupaciones buscaba en las profecías de las Santas Escrituras, en los escritos de los Santos Padres, y en otros libros sagrados y especulativos, portentos y revelaciones místicas, que pudiesen construirse como anuncios del descubrimiento del Nuevo-Mundo, de la conversion de los gentiles, y del rescate del Santo Sepulcro: tres grandes sucesos que él suponía estar predestinados á suceder-

se rápidamente. Estos pasages los arregló y ordenó, con la ayuda de un fraile cartujo; los enriqueció con poesías y formó con ellos un tomo manuscrito que se lo entregó á los soberanos. Preparó al mismo tiempo una larga carta, escrita con su acostumbrado fervor de espíritu y sencillez de corazón. Es una de aquellas composiciones singulares que manifiestan la parte visionaria de su carácter, y la mística lectura con que acostumbraba nutrir su imaginación.

En esta carta pedía á sus magestades permiso para formar una cruzada, que librara á Jerusalem del poder de los falsos creyentes. Les suplicaba no desechasen su consejo como extravagante é impracticable, ni escuchasen el descrédito con que otros podrían tratarlo; recordándoles que su gran plan de descubrimientos había primitivamente recibido un desprestigio universal. Confesaba estar persuadido de que desde la infancia le había escogido el cielo para aquellos dos grandes designios; el descubrimiento del Nuevo-Mundo y el rescate del Santo Sepulcro. Para esto, en sus tiernos años, le había guiado un impulso divino á abrazar la profesion marítima; modo de vida, dice, que inclina al hombre á investigar los misterios de la naturaleza; y Dios le había dotado de un ánimo curioso para leer toda especie de crónicas y obras de filosofía. Al meditar en ellas, el Todopoderoso había abierto su razón con palpable mano para descubrir la navegacion de las Indias, y le había infundido ardor bastante para entrar en tan grande empresa. «Animado por este celo, añade, vine á vuestras majestades: todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él; todas las ciencias que sabía no me aprovecharon de nada; siete años pasé en vuestra corte real disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes, y al fin decidieron que todo era vano. Solo en vuestras magestades hubo fé y constancia. ¿Quién dará que vino aquella luz de las Santas Escrituras, iluminando á vuestras majestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

Estas ideas, tan repetida, solemne y sencillamente expresadas por un hombre de la piedad fervorosa de Colon, manifiestan cuán intimamente se desarrolló el proyecto de descubrimientos en su propio ánimo, y no nació de informes suministrados por otros. Le consideraba inspiracion divina, y cumplimiento de lo que se había predicho por nuestro Salvador y por los profetas, mirándolo, sin embargo, no como un fin, si no como un medio, como un suceso preparatorio para la grande empresa de la conquista del Santo Sepulcro. Creía milagro del cielo haberle animado á él y á otros, para aquella santa empresa; y aseguró á sus magestades, que si tenían fé en su última proposicion como la habían tenido en la primera, serian premiados de seguro con gloriosos y triunfante éxito. Les pidió no hiciesen caso de los sarcasmos de los que le llamaran lego, marinero ignorante, y hombre mundano; recordándoles que la Santa Escritura obra, no solo en los doctos sino tambien en los ignorantes; y que revela lo futuro, no solo por medio de entes racionales, sino con prodijios ejecutados en las alimanas, y por signos en el aire y en los cielos.

La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el día aparecer extravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion, de aquellos tiempos y la corte á que se propuso. La vena de erudicion mística que le fecundaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los cláustros influían aun en los ejércitos y en los gabinetes. Aun no se había desvanecido el espíritu de las cruzadas. En la causa de la Iglesia y á instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo caballero á desnudar la espada; y la religion mezclaba un brillante y devoto entusiasmo con el estímulo general de la guerra. Fernando era un mogigato religioso, y la devocion de Isabel estaba tan cerca de la supersticion como podia permitirlo su es-

piritu liberal y magnánimo. Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirigian sus empresas de tal modo, que redundasen en beneficio del poder temporal y gloria de la Iglesia. La reciente conquista de Granada se había considerado como una cruzada europea, y valió por lo mismo á los soberanos el epíteto de católicos. Era natural que pensasen en extender aun mas lejos sus victorias sagradas, y en hacer sufrir á los infieles por sus duraderas conquistas en España, y por los triunfos de la cruz que habían logrado. En efecto, el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar en Berbería, y de tomar á Melilla. Esta expedicion se tuvo por el primer eslabon de una larga cadena de guerras nuevas contra los infieles de Africa.

Nada pues ridículo se podía hallar en la proposicion de Colon, considerando el periodo y circunstancias en que se hizo, tan bien avenidas con su carácter entusiasta y visionario. Es preciso no olvidarse de que se meditó en la corte de la Alhambra, entre las espléndidas reliquias de la grandeza mora, donde pocos años antes había visto el estandarte de la fé elevarse en triunfo sobre los simbolos de la infidelidad. Parece haber sido producida en uno de aquellos momentos de alta excitacion, en que, como se ha dicho, se elevaba su alma contemplando la grandeza y gloria de la mision que tenía; en uno de aquellos momentos en que se consideraba bajo la inspiracion divina, comunicando con el cielo, y llenando el santo y sublime objeto á que estaba predestinado.

CAPITULO V.

PREPARATIVOS DE COLON PARA EL CUARTO VIAJE DE DESCUBRIMIENTOS.

(1501—1502.)

La idea de rescatar el Santo Sepulcro, tuvo solo pasajero dominio en el ánimo de Colon. Sus pensamientos se volvieron con doble ardor al canal acostumbrado. Le impacientaba la inaccion, y no tardó en concebir un objeto principal para otra empresa de descubrimientos. La hazaña de Vasco de Gama, que acababa de llevar á cabo la tantas veces intentada navegacion de la India, doblando el cabo de Buena-Esperanza, era uno de los mas señalados acontecimientos del día. Pedro Alvarez Cabral, siguiendo sus huellas, había hecho un felicísimo viaje, y vuelto con sus bajeles cargados de las preciosas mercancías del Oriente. Las riquezas de Calcuta eran el tópico de todas las lenguas: en todas partes se hablaba del comercio de diamantes y piedras preciosas de las minas del Indostan; del de perlas, oro, plata, ámbar, marfil y porcelana; del de telas de seda, ricas maderas, gomas, aromas y especias de todas clases. Los descubrimientos de las regiones salvajes del Nuevo-Mundo producian aun cortas rentas á la España; pero aquel sendero, repentinamente abierto á los opulentos países del Oriente, empezó á verter inmediatos y abundantes beneficios en Portugal.

La emulacion de Colon se escitó con estas pinturas; y concibió la idea de hacer un viaje, en que con su habitual entusiasmo creyó no solo sobrepujar los descubrimientos de Vasco de Gama, sino los suyos propios. Segun sus observaciones en el viaje de Paría, y los informes de otros navegantes, particularmente de Rodrigo Bastidas, que había seguido mas lejos el mismo rumbo, parecía que la costa de tierra-firme se dilataba hacia el Occidente. La del Sur de Cuba, que él consideraba parte del continente asiático, se extendía tambien hacia el mismo punto. Las corrientes del mar Caribe podian pasar por entre aquellas tierras. Estaba por lo tanto persuadido de que debía existir un estrecho en las inmediaciones, que saliese al mar Indio. Su imaginado estrecho debía hallarse en las inmediaciones del que se llama hoy istmo de Darien.

Descubriese tal pasaje, y encadenando de este modo el Nuevo-Mundo que había descubierto con las opulentas regiones orientales del antiguo, pensaba que daría espléndido fin y cima á sus trabajos, y consumaría el grande objeto de su existencia.

Cuando manifestó Colon su plan á los soberanos, le escucharon con la mayor atencion. Ciertos individuos del consejo real, se dice que quisieron poner dificultades, recordaron las necesidades del estado, y la escasez del tesoro real, que hacian muy impolítica cualquiera nueva empresa. Tambien dijeron que no debía Colon ser empleado hasta que su buena conducta en Española quedara plenamente probada por cartas de Ovando. Estas mezquinas sugerencias fueron estériles, pues Isabel tenía confianza y fé en la integridad de Colon. En cuanto á los gastos pensaba que despues de dar tan poderosa escuadra y suntuosa comitiva á Ovando para tomar posesion de su gobierno, sería ingratitude y miseria rehusar algunos buques al descubridor del Nuevo-Mundo para proseguir sus grandes empresas. La codicia de Fernando se inflamó con la idea de entrar pronto en posesion de una vía mas directa y segura á los países en que estaba abriendo la corona de Portugal tan lucrativo comercio. Tambien aquella empresa ocuparía considerable tiempo al Almirante, y distrayéndole de pretensiones molestas le haría emplear sus talentos del modo mas útil para la corona. Por mucho que dudase el rey de sus talentos legislativos, tenía la mas alta opinion de su habilidad náutica. Si un estrecho como el supuesto por Colon existía verdaderamente, él era hombre mas capaz de descubrirlo de cuantos vivian entonces. A su proposicion, pues, se accedió prontamente, autorizándole para armar desde luego una escuadra con este objeto: llegó á Sevilla en el otoño de 1501.

Aunque esta empresa distrajo su atencion del romántico intento de rescatar el Santo Sepulcro, no había aun proscrito completamente este pensamiento. Dejó su coleccion manuscrita de profecías en poder de un devoto fraile llamado Gaspar Gorricio, que le ayudó á completarla. Al año siguiente se la presentó Colon á los reyes, acompañada de la carta de que hemos hecho mencion. En el próximo febrero tambien le escribió al papa Alejandro VII, escusándose por no haberle permitido sus ocupaciones indispensables pasar á Roma, segun tenía determinado, á dar cuenta de sus grandes descubrimientos. Despues de describirlos brevemente, añade que ha acometido aquellas empresas con intencion de dedicar la ganancia al rescate del Santo Sepulcro. Habla del voto que en una carta había manifestado á los soberanos españoles, de poner en pie de guerra dentro de siete años, cincuenta mil infantes y cinco mil caballos con aquel objeto, y otra fuerza igual en los cinco años siguientes. Se lamenta de que esta piadosa intencion haya sido impedida por la astucia del demonio; y teme, que sin la ayuda divina se frustrará del todo, pues se hallaba despojado del gobierno que en perpetuidad se le había concedido. Informa al Santo Padre de sus preparativos para hacer otro viaje, y le promete ir á Roma á su vuelta, y referirle de palabra los pormenores de sus expediciones, poniendo á los pies de su Santidad una relacion que de ellos tenía escrita, siguiendo el estilo de los comentarios de César.

Tambien fue por este tiempo cuando envió á los soberanos su carta relativa al Santo Sepulcro, con la coleccion de las profecías. No se sabe de qué modo se recibió aquella proposicion. Fernando, á pesar de toda su afectacion religiosa, era un príncipe astuto y mundano. En vez de una cruzada caballerosa y bizarra contra Jerusalem, prefería entrar en pacíficos tratos con el gran Soldan de Egipto, que amenazaba destruir el edificio sagrado. Envió al docto Pedro Mártir, tan distinguido por sus escritos históricos,

de embajador al Soltan; se terminaron satisfactoriamente las disensiones entre ambos poderes, y se concluyó un tratado para la conservación del Santo Sepulcro, y la protección de los peregrinos cristianos que á él fuesen.

Entre tanto seguía Colon los preparativos para su viaje, aunque muy lentamente, á causa, según Charlevoix indica, de los artificios y dilaciones de Fonseca y sus agentes. Pidió permiso para tocar á Española en su viaje de ida con el objeto de tomar provisiones; pero los soberanos le prohibieron hacerlo. Sabían que tenía muchos enemigos en la isla, y que estaría aun todo muy agitado por la llegada de Ovando y la separación de Bobadilla. Le consintieron, empero, que tocara á Española por corto tiempo á la vuelta; pues esperaban que para entonces ya estuviese restablecida la tranquilidad en la isla. También se le permitió que llevase consigo á su hermano el Adelantado, y á su hijo Fernando, entonces de catorce años; é igualmente dos ó tres personas instruidas en la lengua árabe, que sirviesen de intérpretes en caso de llegar á los dominios del gran Khan, ó de algun príncipe oriental donde aquella lengua pudiese ser la general, ó parcialmente conocida. En contestación á las cartas relativas á la recuperación de sus derechos, y asuntos de su familia, le escribieron los soberanos en 14 de marzo de 1502, desde Valencia de la Torre, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirían á la letra, y que gozaría las dignidades que por ellas se le concedían, y sus hijos después de él; y si fuese necesario confirmarlas de nuevo, lo harían, asegurándose á estos. Además expresaban su intención de conceder mas honores y premios á él, á sus hermanos y á sus hijos. Y le pedían por último, que fuese en paz y confianza, y que dejase sus negocios de España bajo el cargo de su primogénito don Diego.

Esta fue la última carta que recibió Colon de los soberanos, y las seguridades que le daban eran tan amplias y tan absolutas como él podía desear. Pero algunas circunstancias recientes le habían hecho dudar de lo futuro. El tiempo que pasó en Sevilla, antes de su partida, lo empleó en parte en tomar precauciones para asegurar su fama, y conservar los derechos de su familia, poniéndolos bajo su protección de su país natal. Sacó dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole Almirante, virrey y gobernador de las Indias, las cuales se autorizaron en debida forma; así como copia de la carta dirigida á la nodriza del príncipe don Juan, con una vindicación circunstanciada y elocuente de sus derechos; y de otras dos cartas, dirigidas al banco de San Jorge en Génova, designándole la décima parte de sus rentas para que se emplease en disminuir los derechos del trigo y otras provisiones: patriótica y benévola donación en favor de los indigentes de su ciudad nativa. Las copias de estos diversos documentos las envió por medio de diferentes individuos á su amigo el doctor Nicolas Oderigo, ex-embajador genoves en la corte de España, pidiéndole las conservase en seguro depósito, y se lo noticiase así á su hijo Diego. Mal contento quizá con la corte española, tomó aquella medida, para que sus descendientes pudiesen apelar ante el mundo ó la posteridad si él perecía en aquel viaje (1).

(1) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo, hasta el año de 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos. En los tumultos y revoluciones posteriores desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó á Paris la otra. En 1816 se descubrió esta en la biblioteca del difunto conde Michel Angelo Cambiaso, senador de Génova. La procuró el rey de Cerdeña, soberano de Génova entonces, y se la regaló á la ciudad en 1821. Esta erigió para su conservación una custodia ó monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, y sostiene el busto de Co-

LIBRO XV.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON EN SU CUARTO VIAJE.—SE LE NIEGA LA ADMISION EN EL PUERTO DE SANTO DOMINGO.—QUEDA ESPUESTO Á UNA VIOLENTA TEMPESTAD. (1502.)

El 9 de mayo de 1502 salió Colon de Cádiz, en su cuarto y último viaje de descubrimientos. Se componía su escuadra de cuatro carabelas, la mayor solo de setenta toneladas, y de cincuenta la mas pequeña: las tripulaciones ascendían á ciento cincuenta hombres. Con esta flota y frágiles barcas emprendió la busca de un estrecho, que, si le hallaba, debía conducirle á las mas remotas mares, y á una completa circunnavegación del globo. La edad iba debilitando rápidamente su constitución cuando emprendió tan extenso y peligroso viaje. Tenía ya sesenta y seis años. Aquel temperamento en extremo robusto y vigoroso, había al fin succumbido á las inclemencias de tantos climas y á tantos padecimientos físicos y morales. Su cuerpo, antes tan fuerte y esbeto, estaba quebrantado ya por las enfermedades, si bien se conservaba aun interesante en su misma decadencia. Solo sus potencias intelectuales gozaban de la energía primitiva, incitándole, en un período de la vida en que los mas de los hombres buscan el reposo, á entregarse con juvenil ardor á la mas trabajosa y aventurada de las empresas.

Peró en este árduo viaje tenía un fiel consejero y un coadjutor intrépido y vigoroso en su hermano don Bartolomé, mientras su hijo menor Fernando le infundía aliento con su afectuosa simpatía. Apreciaba tanto mas aquella especie de consuelo doméstico por cuanto había vivido con demasiada frecuencia lejos de todas las simpatías de familia, rodeado de falsos amigos y de pérfidos adversarios.

De Cádiz pasó la escuadra á Ercilla, en las costas de Marruecos, donde ancló el 13. Sabiendo que la guarnición portuguesa se hallaba estrechamente situada en el fuerte por los moros, y espuesta á un inminente peligro, le mandaron los soberanos que tocara en aquel punto, y les prestase toda la ayuda posible. A su arribo ya se había levantado el sitio; pero el gobernador estaba en cama por haber sido herido en un asalto. Colon envió á tierra á su hermano el Adelantado, á su hijo Fernando y á los capitanes de las carabelas para visitar al gobernador, y ofrecerle los servicios de su escuadra con expresiones de amistad y cortesía. Causaron mucha satisfacción esta visita y mensaje; y varios caballeros pasaron á bordo á dar gracias al Almirante, entre ellos algunos parientes de su difunta mujer doña Felipa Muñoz. El Almirante se hizo á la vela el mismo día, y continuó su viaje. El 20 de mayo llegó á la Gran Canaria y se detuvo en las islas adyacentes algunos días, haciendo provision de leña y agua. En la tarde del 25 salió para el Nuevo-Mundo. Los vientos constantes fueron tan favorables, que continuó la pequeña escuadra su viaje sin tener que tocar una vela hasta el 15 de junio en que llegó á una de las islas Caribes, llamada Mantinino por los naturales. Después de detenerse en ella tres días, hecho provision de leña y agua, y dado tiempo á los marineros para lavar sus ropas, pasó la escuadra al Occidente de la isla, y de allí á la Dominica, distante unas diez leguas. Luego continuó por el Oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y pasando por el Sur

lon. Los documentos están depositados dentro de la urna. Estos papeles se publicaron unidos á una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio. Battista Spotorno, profesor de elocuencia, etc., de la universidad de Génova.

de Puerto Rico, tomó el rumbo de Santo Domingo. Era esto contrario al plan primitivo del Almirante, que había pensado ir á Jamaica, y de allí al continente, á explorar sus costas y buscar el supuesto estrecho. También era contrario á las órdenes de los soberanos, que le habían prohibido tocar á Española en su viaje de ida. Escusóse con que el principal de sus bajeles navegaba malisimamente, pues apenas tomaba viento y servía de rémora al resto de la escuadra. Deseaba por lo tanto trocarlo con uno de la flota que acababa de traer á Ovando á su gobierno, ó comprar otro buque en Santo Domingo, y estaba persuadido de que no se llevaría á mal que se hubiese separado de sus órdenes en un caso de tanta importancia para la seguridad y buen éxito de la expedición.

Es necesario bosquejar la situación de la isla en aquel momento. Ovando había llegado á Santo Domingo el día 15 de abril. Se le había recibido en la costa con las acostumbradas ceremonias por Bobadilla, acompañado de los principales habitantes de la ciudad. Se le escoltó hasta la foraleza; donde su comision se leyó en forma, y en presencia de todas las autoridades. Se recibieron los juramentos, y se observó el ceremonial de costumbre; y el nuevo gobernador fue aclamado con grandes demostraciones de obediencia y satisfacción. Empezó Ovando los deberes de su empleo con acierto y prudencia, tratando á Bobadilla con cortesía que contrastaba con la rudeza con que él había tratado á Colon. La vanidad de un mero empleo, cuando no se debe al mérito, se mostró en el caso de Bobadilla. Desde luego que cesó su autoridad, se desvaneció toda su importancia. Se encontró repentinamente aislado, abandonado por los mismos á quienes mas había favorecido; y vió el poco valor de la popularidad obtenida como élla obtuvo. Aun pudo servirle de consuelo que no se le formase proceso, pero Las-Casas, que se hallaba allí en aquella época, dice que no oyó hablar muy mal de él á ninguno de los colonos.

La conducta de Roldan y de sus cómplices sufrió una investigación estricta, y muchos fueron presos para enviarlos á España. Mas no por esto perdieron su ánimo; pues confiaban tal vez algunos en la influencia de sus amigos en España, y otros en la bien conocida disposición del obispo Fonseca, para favorecer á cuantos habían dañado á Colon.

La flota que trajo á Ovando, estaba pronta para zarpar, y debía conducir á España muchos de los principales delincuentes y de los ociosos y libertinos de la isla. Había de embarcarse Bobadilla en el buque principal. A bordo de este buque se puso una inmensa cantidad de oro, adquirida á la corona durante su gobierno, y que él confiaba suficiente para atenuar todas sus faltas. Había una masa sólida de oro virgen, famosa en las crónicas antiguas españolas. Era hallazgo que hizo una india en un arroyo, en los estados de Francisco de Garay y Miguel Diaz, y la había tomado Bobadilla para dársela al rey, recompensando como era de justicia á sus propietarios. Se dice que pesaba tres mil y seiscientos castellanos.

También se embarcaron grandes cantidades de oro por los amigos de Roldan y otros aventureros, riqueza hija de los sufrimientos de los indios. Entre las personas que debían ir en el principal buque, se contaba el desgraciado Guarionex, antes poderoso cacique de la Vega. Había estado preso en el fuerte de la Concepcion, desde su captura después de la insurrección de Higney, y se le envió cautivo y encadenado á España. En uno de los buques había puesto Alonso Sanchez de Carvajal, agente de Colon, cuatro mil piezas de oro para remitírselas á la península; siendo parte de la propiedad recientemente adquirida por Bobadilla y rescatada de las manos de este. Hechos los preparativos para la salida de la escuadra, y estando

pronta para darse á la vela, llegaron los buques de Colon al puerto el 29 de junio. Inmediatamente mandó á tierra á Pedro de Terreros capitán de una de las carabelas, para que visitase á Ovando, y le explicase que el motivo de su venida era solo procurarse un bajel trocándolo con otro que tenía sumamente defectuoso. Le pedía permiso también para recoger su escuadra en el puerto, temiendo la proximidad de una tormenta. Ovando no accedió á esta petición. Las-Casas considera probable que tuviese instrucciones de sus soberanos para no admitir á Colon, y cree además que le guiaban prudentes consideraciones. Santo Domingo era aun residencia de los mas enconados enemigos del Almirante, exasperados muchos de ellos por los procedimientos criminales de que acababan de ser objeto.

Cuando recibió Colon la poco lisonjera respuesta de Ovando, y vió que se le negaba todo, trató ya nada mas que de evitar el peligro de la flota que estaba para hacerse á la vela. Hizo pues volver á Terreros, para suplicar al gobernador que no permitiese salir los buques en muchos días, asegurándole que había señales indudables de una terrible tempestad. El segundo mensaje tuvo la misma acogida que el primero. El tiempo parecía sereno y tranquilo á ojos menos experimentados que los de Colon; los pilotos y marineros deseaban partir. Se burlaron de las predicciones del Almirante, ridiculizándole como falso profeta, y persuadieron á Ovando de que no detuviese la escuadra por tan insustancial pretexto.

Amargo debió ser para Colon verse privado del auxilio que el estado de sus buques requería, y excluido en aquellos momentos peligrosos del mismo puerto que él había descubierto. Parece que estuvo su vida destinada á servir de ejemplo de la ingratitud de los hombres. Se retiró del rio lleno de dolor y de indignación. Las tripulaciones censuraban, murmuraban abiertamente que se les cerrase un puerto de su misma nación, cuando hasta á los extranjeros se abriría en análogas circunstancias. Les desazonaba haberse embarcado con un jefe sujeto á recibir tales desaires; y solo anticipaban desgracias de un viaje, en que se veían expuestos á los peligros del mar, y se les negaba la protección de la tierra.

Seguro, por sus observaciones de los fenómenos naturales, en que era habilísimo, de que no podía tardar mucho en sobrevenir la tormenta, y creyendo que viniese del lado de tierra, mantuvo Colon su débil escuadra cerca de la costa, y buscó anclaje en una bahía ó rio de la isla.

Entre tanto salió la flota de Bobadilla de Santo Domingo, y se hizo á la vela confiadamente. A los dos días se verificó la predicción de Colon. Se había formado gradualmente uno de los tremendos huracanes que á veces devastan aquellas latitudes. La ominosa apariencia de los cielos, las procelosas ondas del Océano, el rugido de los vientos, todo anunciaba su aproximación. La flota había llegado apenas al extremo oriental de Española, cuando la tempestad rodó en torno suyo con espantosa furia, y la convirtió súbitamente en ruinas. El bajel en que iban Bobadilla, Roldan y muchos de los mas enconados adversarios de Colon, pereció con toda su gente, sumergiéndose la célebre masa de oro, y la mayor parte del mal acumulado tesoro que produjeron las miserias de los indios. También se perdieron otros muchos buques, y volvieron algunos muy averiados á Santo Domingo, de suerte que uno solo pudo continuar su viaje á España. Este era, según Fernando Colon, el mas frágil de todos y el que llevaba á bordo las cuatro mil piezas de oro de propiedad del Almirante.

Al principio de la tormenta permaneció la pequeña escuadra del Almirante medianamente guarecida por la tierra. Al segundo día creció la violencia de la tempestad, y sobreviniendo la noche, mas que de